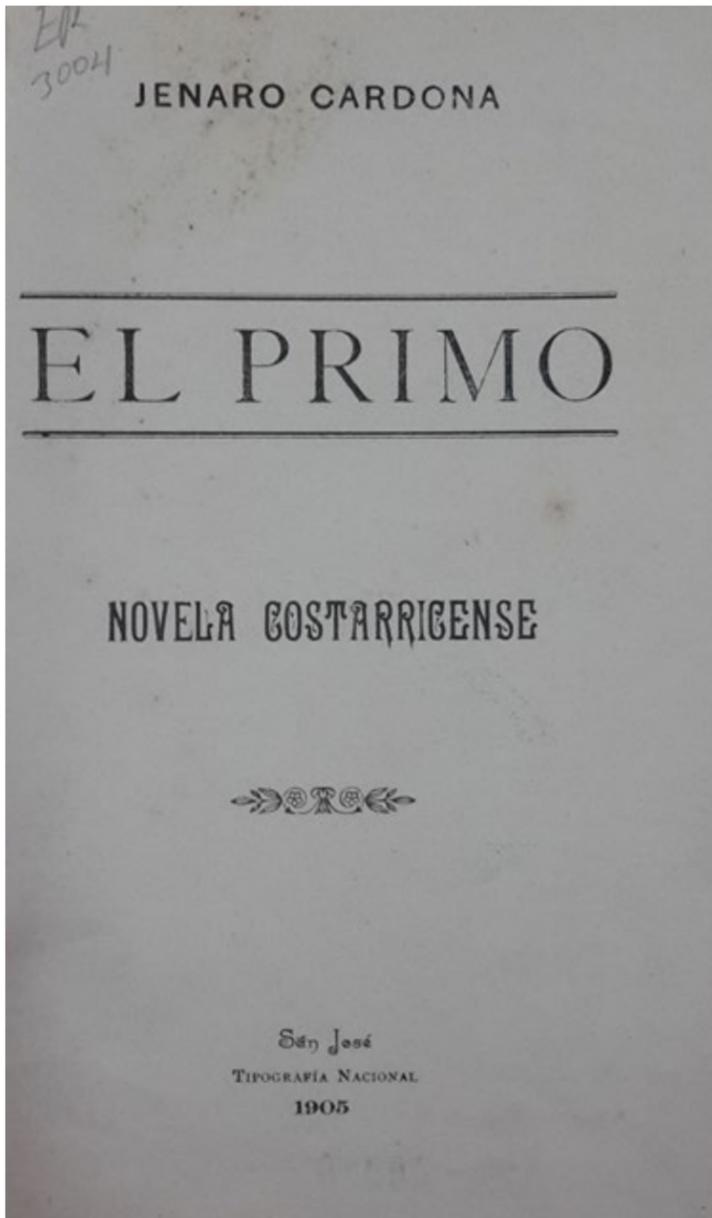


Jenaro Cardona



De lejos, de muy lejos, llega el vendaval. En la humilde casa de don Clemente Ayala y Aguirre todo está en poder de una rutina absorbente. Necesario es vivir; a lo demás, ninguna importancia ha de dársele.

Allí encontramos a Matilde, la hija, una viviente golosina de loca imaginación sostenida por la ingenuidad; a veces, muy bien aprovechada. Allí, también, don Clemente, el padre que a todo dice que sí con tal de evitarse cualquier responsabilidad, por pequeña que ella sea. Con ellos, Julián, todo un carácter: un espíritu de noble sin par.

De México viene el primo Beltrán Urdaneta, para todo casi un desconocido. Trae elegancia, gasta dinero.

Es universitario y de los expertos en cuanto se refiere a asuntos femeninos. Sabe, como pocos, aprovecharse del romanticismo reinante, despertar en esta y en aquella mujer, el miedo a ser objeto de una conquista fácil. Y así tiene la mitad del camino andado.

Primero, enamora a Valentina, alegre y chispeante mujer, casada con un hombre de mucha edad para la juventud suya que anhela y que logra gozar de los placeres prohibidos.

Mercedes empieza a sentirse fuertemente atraída por su simpático primo. Nace en ella los celos. Poco a poco, la llevan a caer en los brazos de aquel don Juan de las fáciles aventuras. Sabe el malvado servirse del estuche maravilloso de Mefistófeles para dominar voluntades femeninas, preparadas, desde mucho tiempo antes, para la entrega absoluta.

Apenas obtenida la rendición de lo que parecía fortaleza de virtudes, el primo escapa del peligro. Abandona la plaza dejando a Mercedes frente a la evidencia de una deshonra que cada vez salta más a la vista.

El estudio de los caracteres es perfecto. Cardona no ha perdido oportunidad alguna para agregar un detalle valioso a la pintura de aquellas almas atribuladas.

Ninguna figura surge de manera tan dominante como la de don Mario Astorga Ocón y Trillo, cuyo descenso moral presenciamos día tras día. Si la novela hubiera tenido mayor circulación, si muchas personas la conocieran, estoy seguro de que esta figura de Trillito sería un símbolo. Bastaría ese diminuto para señalar a tantos jóvenes, de nuestra sociedad y de las otras, que hacen ostentación de un cinismo desconsolador.

Quien logra pintar a Trillito en la manera como lo hace Jenaro Cardona, demuestra ser un sutil observador de almas y un hábil dibujante de miserias espirituales. Además, nos presenta aquí y allí retazos de la vida costarricense de hace medio siglo; en lo que de malo tenía, tan parecida a la de las calendas que corren. Un baile en el Teatro Nacional que acaba de ser inaugurado.

La temporada de verano que a tantas cosas, buenas y malas, se presta. Las fiestas en las que surge, de lo hondo de las conciencias, lo que de perverso tiene cada una: Todo le sirve a Cardona para esparcir, en una y otra página con discreción de diplomático y con severidad de juez, una crítica social de valiosas consecuencias.

El primo es, en los labores de nuestra novela, una obra de un valor indiscutible.